

CAPITULO XXXIV
LA PROSTITUCION DEL EJERCITO. (EL SEGUNDO
CUARTELAZO.)

Para nadie era un misterio que la revolución estallaría en esos días. Todos sabían que se conspiraba, que los elementos militares que había en la plaza de México estaban minados, y que la caída del Gobierno estaba decretada. Las reuniones eran casi públicas y el lugar preferido para ellas, la dulcería "La Opera." (1)

El sábado ocho de Febrero, los oficiales de artillería, que eran los más comprometidos, había tenido la imprudencia de despedirse de sus familias, comunicándoles lo que iba a pasar; así es que, nada extraño fué que el Ministro de la Guerra, General don Angel García Peña, al medio día tuviera una relación fiel del complot, tramado por los ex-Generales Gregorio Ruiz y Manuel Mondragón. El subsecretario de Guerra, don Manuel M. Plata, también recibió aviso de lo que se tramaba y después de conferenciar ambos funcionarios, se conformaron con llamar al Comandante Militar de la Plaza, General don Lauro Villar, para ponerle al corriente de lo que se les avisaba.

Por su parte el Ministro de Gobernación, don Rafael

(1)—Situada a dos cuadras y media de la Plaza de la Constitución.

L. Hernández, recibió aviso del Jefe de los Rurales, y el mismo día ocho, la visita de un amigo (2) quien le refirió lo que todo el mundo sabía, esto es, que esa noche habría un levantamiento de las fuerzas de la guarnición de la ciudad, y que el complot llevaba por mira derrocar al Gobierno poniendo al frente de la Nación a los Generales Bernardo Reyes y Félix Díaz.

El señor Hernández dice que trasmitió la noticia al Presidente, quien con el optimismo que le era peculiar, se rió de ella. El Ministro por su parte, reprendió a su amigo por andar propalando noticias sensacionales. La verdad era que la historia de los complots contra el Gobierno se había repetido ya varias ocasiones y el señor Madero, y demás personas del Gobierno creyeron que en esa ocasión, como en las anteriores, no habría nada serio, y no dieron importancia a los avisos recibidos, no obstante que los jefes del servicio secreto, habían dado, en esta ocasión, señas indubitables y las noticias llevaban tal número de detalles, que las hacían perfectamente verosímiles.

El Presidente, como de costumbre, juzgó que el pueblo estaba aún con él y que con ese cariño tendría bastante, creyendo que nada podrían hacerle, y los Ministros se retiraron a sus respectivos domicilios con absoluta tranquilidad. Sólo el Vicepresidente don José María Pino Suárez tomó la precaución de no dormir en su casa, recogándose en la de la señora madre política del licenciado don Domingo Barrios Gómez, amigo de su intimidad. Ello evitó que lo mataran esa madrugada.

Don Gustavo Madero, que asistía esa noche a un ban-

(2)—Don Leopoldo Martínez, quien me refirió los términos de la entrevista.

quete que se daba en honor del Ingeniero Reynoso, nombrado recientemente Subsecretario de Hacienda, supo, como a las once de la noche, lo que pasaba, e instantes después abandonó el lugar del banquete para inquirir personalmente la veracidad de los rumores que circulaban.

En un automóvil se trasladó violentamente a Tacubaya y llegó hasta el Cuartel de Artillería, de donde salió una escolta para aprehenderlo; pero los aprehensores no anduvieron listos, tuvieron que dividirse en dos grupos, por ser dos los automóviles que habían llegado, y sólo lograron detener a un agente de la Policía reservada, que había llevado consigo don Gustavo, y a quien había enviado a hablar con el oficial de guardia. Don Gustavo Madero, que era hombre sagaz, notó el movimiento de la tropa y comprendiendo que se le quería aprehender, se alejó rápidamente en el automóvil que lo había llevado a Tacubaya, escapando, por esta vez, al sacrificio a que estaba destinado.

El Teniente Vázquez, que fué quien aprehendió al agente de la policía reservada, lo condujo al interior del Cuartel y allí, interrogado, o mejor dicho, acosado por las amenazas que de fusilarlo le hicieron, confesó la comisión que se le había confiado y el objeto del viaje a Tacubaya, así como las personas que lo habían acompañado.

Don Gustavo Madero, cuando regresó a México, puso al tanto de lo que ocurría al Ministro de Gobernación, y al Inspector General de Policía, don Emiliano López Figueroa, quien con una ineptitud incomprensible, se limitó a hablar con el Comandante Militar y con el Ministro de la Guerra, por teléfono, y a enviar nuevos agentes que indagaran lo que don Gustavo Madero le había re-

ferido con perfecta claridad. (3) El oficial de guardia en el Cuartel de Tacubaya, al ser llamado al teléfono por el Mayor de Plaza, no sólo dió un informe tranquilizador, sino que obligó al Agente de Policía a que hablara con el Inspector General y lo tranquilizara completamente. Entretanto, en el Cuartel de Artillería se desarrollaban escenas graves. El Teniente Coronel Aguillón, que mandaba el Segundo Regimiento de Artillería, y que estaba comprometido gravemente en el complot, puesto que su Regimiento, la Escuela de Aspirantes, y el Primero de Caballería, eran el alma de la rebelión, titubeó cuando el Comandante Militar, General don Lauro Villar, había hablado a los jefes de las diversas corporaciones militares recordándoles sus deberes y ordenándoles un acuartelamiento de alarma; y al aproximarse la hora, se negaba a cumplir su compromiso, pretendiendo cuando menos aplazarlo. Fué preciso llamar al General Manuel Mondragón, que estaba escondido en la casa del Doctor Osorio, en la misma ciudad de Tacubaya y quien tenía un gran ascendiente sobre el Jefe del Segundo Regimiento de Artillería, para que lo convenciera. El General Gregorio Ruiz, personalmente fué a hablar al General Mondragón aún a riesgo de ser aprehendido, pues se le avisó que se había dictado orden de aprehensión contra todos los comprometidos y logró que Mondragón saliera de su escondite para hablar con Aguillón. El General Mondragón, ya entrada la noche, y con toda clase de precauciones, se trasladó al Cuartel de San Diego e instalado en la Comandancia del Segundo Regimiento de Artillería, esperó la llegada del Teniente Coronel Aguillón, quien,

(3)—El Inspector pasó toda la noche en el cabaret del Restaurant Sylvain.

en obediencia al mandato del Comandante Militar de la plaza, debía dormir en el Cuartel. Entre tanto, se dispuso que el teniente Francisco Hajar fuera a ordenar al jefe del destacamento de Cuajimalpa, que cuidaba la fábrica de pólvora de Santa Fé, se incorporara al Regimiento de Artillería que estaba en Tacubaya, con la fuerza que tenía a sus órdenes.

Don Gustavo Madero, después de dar aviso de lo que pasaba al Ministro de Gobernación y al Inspector General de Policía, se fué a su casa, pero dispuso que unos amigos regresaran a Tacubaya, queriendo cerciorarse de las medidas que se tomaban; pero antes de llegar el automóvil al Cuartel de San Diego, otro Agente, de la policía especial que él tenía, dió noticia de que un automóvil, tripulado por oficiales de Artillería se dirigía a Cuajimalpa, y suponiendo de lo que se trataba se emprendió la persecución del Teniente Hajar, sin lograr darle alcance.

Los conjurados fueron llegando al lugar de la cita, que era el Cuartel del Segundo de Artillería, en Tacubaya. Muchos de los comprometidos faltaron, pero entre los que se presentaron, estaba don Martín Gutiérrez, hijo del finado General don Alejandro Gutiérrez, en una época terror del Monte de las Cruces y más tarde jefe de la Brigada Auxiliar que cuidaba el camino del Ajusco. Gutiérrez llegó acompañado por varios hombres de confianza, conocedores del camino que conduce a la serranía del Ajusco, lugar por donde debían escapar los conjurados si fracasaban en su empresa, caso muy posible dado el hecho, indubitable para ellos, de que el Gobierno estaba enterado del complot.

El Capitán Armiño, de guardia en el Cuartel de Tacubaya, había sido llamado, como he dicho más arriba,

al teléfono por el Mayor de Plaza, General Villarreal, quien le preguntó qué objeto tenían unos automóviles que según decía el Inspector General de Policía, estaban frente al Cuartel. El oficial contestó que ya se habían retirado los vehículos, que habían llegado tripulados por gente de trueno y mujeres galantes y a quienes él en persona, había ordenado que se alejaran de los cuarteles.

Media hora después, llegó el Mayor Trías, segundo jefe del Regimiento de Artillería acuartelado en San Lázaro, manifestando que al presentarse en su Cuartel los señor Duhart y Ramón Díaz para comunicarle la orden de que esa noche se incorporara con sus hombres al movimiento, se habían encontrado con el Jefe del Regimiento, Teniente Coronel Gamboa, que no estaba en el complot y quien entró en sospechas, mandándolo llamar y exigiéndole explicara su conducta.

Trías se había salvado diciendo que no conocía a dichos señores y proponiendo a su jefe el arresto de los sospechosos: aún más, se ofreció para presentarlos personalmente en la Comandancia Militar. Al dirigirse el automóvil a la Comandancia, Duhart y Díaz accedieron a ser presentados y aún detenidos, para evitar que el complot fuera descubierto; pero en la Comandancia se les informó que el General Villar se encontraba enfermo en su casa, y había dado orden de que no se le molestase. Al salir Trías, Duhart y Díaz, en vez de volver al Cuartel de San Lázaro, se dirigieron a Tacubaya; el primero se quedó en San Diego y los otros dos fueron enviados a vigilar la casa de don Gregorio Ruiz, para evitar cualquiera sorpresa por parte de la policía.

En el Cuartel de San Diego, el General Mondragón y el Coronel Anaya, jefe del Primer Regimiento de Caballería, arreglaban los últimos detalles del cuartelazo, di-

rigiéndose a poco el Coronel Anaya a su cuartel, situado en la misma ciudad de Tacubaya. Una vez allí, mandó levantar la gente, que ensillaran la caballada, y quedaron listos para partir tan luego como llegase la fuerza que debía venir de Santa Fe.

Apenas había salido el Coronel Anaya de San Diego cuando se recibió aviso de que tres automóviles de la policía habían pasado de subida. El General Mondragón dispuso que se les detuviera a su regreso, y al efecto, varios oficiales y clases salieron a la calle, apostándose tras de los árboles. Pocos minutos después regresaba el primer vehículo, y al pasar cerca de la emboscada, el Teniente Coronel Aguillón y los oficiales, con las pistolas amartilladas, lo detuvieron, haciendo bajar a los tripulantes. Poco después se hacía lo mismo con los otros dos.

Los que venían en los autos eran de la policía y entre ellos iba uno de los jefes del Regimiento de la Gendarmería Montada. A todos se les intimó para que bajaran, y los tenientes Peña, Vázquez y Castillo los desarmaron introduciéndolos en el cuartel. Los policías se entregaron sin resistencia, quedando presos como quince; sus armas sirvieron para dotar a algunos individuos de los que habían llegado con Gutiérrez y que estaban desarmados.

Cerca de las tres de la mañana del domingo 9 de febrero, el Teniente Coronel Aguillón ordenó se levantaran los soldados de su regimiento y los del quinto de artillería que se encontraban alojados en el mismo cuartel.

Los Jefes del 5o. Regimiento, Teniente Coronel Catarino Cruz y Mayor Baldomero Hinojosa, no obstante los ofrecimientos que les hicieron y argumentos que les

fueron expuestos por los señores Mondragón y Aguillón, no quisieron entrar en el complot, concretándose a retirarse desde temprano a sus alojamientos, dentro del Cuartel, y a no oír ni ver lo que en él pasaba; pero toda la oficialidad del 5o. Regimiento se había comprometido a tomar participación en el cuartelazo.

Dada la orden a la tropa, el señor Aguillón se encaminó a los alojamientos de los oficiales que no estaban de guardia y los despertó invitándolos a seguirlo: Todos aceptaron de buen grado.

Levantada la fuerza, el mismo Teniente Coronel Aguillón sacó una de las baterías que tenía apartada, mandó municionar la tropa de los regimientos; la reunió en el patio principal del cuartel, y en presencia del General Mondragón, de todos los oficiales y de los civiles que se habían unido a la conspiración, arengó a los presentes exponiéndoles el objeto que se proponía el levantamiento, y los grandes beneficios que, según él, resultarían a la Patria con la caída del Gobierno de Madero, que estaba sembrando la ruina y la desolación. La arenga del Teniente Coronel Aguillón, alentó a la tropa, prorrumpiendo los soldados en "Vivas al Ejército Nacional!" y a sus respectivos Regimientos.

Aquellos hombres incultos, movidos por la voz de su jefe, sin comprender la trascendencia del acto, ni el sacrificio que se les pedía, iban a afrontar con entusiasmo un peligro, sin medir la responsabilidad que ante la Patria contraían. Los jefes que a él los llevaban, sí sabían el acto que cometían, sí podían calcular todas las consecuencias y apreciar que ponían los cimientos para prostituir la institución.

CAPITULO XXXV.

"ALEA JACTA EST!"

El Capitán Romero López, del Regimiento de Ametralladoras, comprometido en el complot, había quedado encargado de levantar el regimiento y estar listo para unirse a la columna que de Tacubaya debía salir al mando de los Generales Ruiz y Mondragón, al recibir el primer aviso, pues juntos debían marchar a libertar a los Generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, que se encontraban en la prisión militar y en la Penitenciaría, respectivamente; pero el señor Romero López, que desde la víspera estaba muy nervioso, no esperó el aviso, y a las cuatro de la mañana levantó la tropa de acuerdo con los oficiales, y se dirigió al Cuartel de la Calle de la Libertad, donde los oficiales ya habían levantado a sus soldados. En ninguno de los dos regimientos habían entrado en la combinación los Jefes, quienes se limitaron a no sentir el movimiento de sus subalternos.

Unidas las dos fuerzas, llevando dos cañones que sacaron del Cuartel de la Libertad, y catorce ametralladoras del Cuartel de San Cosme, se dirigieron a la prisión de Santiago, donde estaba el General Reyes, y en donde los esperaba ya el Mayor Zozaya, con el caballo del prisionero.

En la prisión militar no había sido posible contar

con el Jefe, Coronel Mayol, quien a las primeras indicaciones que se le hicieron, tomó tal actitud, que los encargados de hablarle desistieron de su propósito; pero los ayudantes de la prisión sí entraron en la revuelta, y de acuerdo con el comandante de la guardia, esperaron la llegada de los conjurados para dar el golpe. Frente a la prisión, la primera providencia que tomaron fué afocar un cañón a la puerta y el otro a la casa del Jefe Coronel Mayol. Hecho esto, el Capitán Romero López se dirigió a la prisión y a poco salió, acompañado del General Reyes, éste de uniforme y envuelto en un capote militar. Con él salieron varios de los oficiales presos, y como doscientos hombres de tropa, además de gran parte de la guardia, que formó desde este momento, con los rebeldes. (1) Acababa de salir el Gral. Reyes cuando se presentó en la plazuela, que queda frente a la prisión, la fuerza que había salido de Tacubaya. El General Mondragón indicó entonces la conveniencia de fusilar al Coronel Mayol, quien había sido hecho prisionero en su casa, por la fuerza que custodiaba la prisión; pero el General Reyes se opuso, y se le dejó vigilado, mientras se completaba el plan.

También se presentaron en aquellos momentos los paisanos que había organizado don Samuel Espinosa de los Monteros, y con ellos el licenciado don Rodolfo Reyes, el Notario Ramón Cosío González y algunas otras personas, unas a caballo, otras en automóviles y muchas a pie. Se organizó la columna al mando del General Re-

(1)—En la prisión se quedó un piquete de la guardia cuidando la entrada; pero los presos, cuando se retiraron de la plazuela de Santiago, los revolucionarios prendieron fuego al edificio y salieron casi todos los que se encontraban allí, reuniéndose unos cuantos a las fuerzas que se dirigieron a la Ciudadela.

yes, formando la vanguardia el escuadrón de la Escuela de Aspirantes que se había presentado poco antes, y se dirigieron todos a la Penitenciaría para libertar a don Félix Díaz.

Cuando la columna llegó a la Penitenciaría, ya clareaba el día. Se tomó la precaución de apuntar los cañones a las puertas del edificio y se envió una comisión que pidiera al Director de la Penitenciaría entregara a don Félix Díaz. El Jefe de la Prisión, don Octaviano Liceaga, no se había comprometido a nada; pero sus hijos sí, y habían ofrecido que se pondría en libertad al prisionero a la llegada de los pronunciados. Cuando llegaron las fuerzas, don Félix Díaz, que estaba advertido de lo que iba a pasar, pero no de la fecha, al avisarle el hijo del señor Liceaga que podía salir, pues sus amigos le esperaban, se rehusó, creyendo en el primer momento, que las instancias que se le hacían eran una estratagema para asesinarlo haciendo aparecer que intentaba una fuga, y exigió que alguien, que no fuera un muchacho, entrara a llamarlo.

El Director de la Penitenciaría se aprovechó de esta circunstancia para salvar su responsabilidad, y temeroso de que el motín abortara, comenzó a poner dificultades para la entrega del preso, dando aviso de lo que ocurría al Gobierno del Distrito, hasta que entraron los Generales Reyes y Mondragón. La presencia de estos Jefes convenció a la vez al Director de la Penitenciaría y al señor Díaz, quien abandonó su celda, incorporándose a la columna vestido de paisano.

En Santiago, como he dicho, se había incorporado el escuadrón de Aspirantes que desde la madrugada,

junto con los demás alumnos de la Escuela, y a las órdenes de los oficiales instructores, Escoto, García, Armiño (1) y Zurita, habían salido de Tlalpam.

Los infantes de la Escuela llegaron en un tren que se dirigía para Xochimileo y al que detuvieron en Hui-pulco, obligando al motorista a conducirlos a México. La caballería del Colegio avanzó al trote largo por la calzada. En un carro, que encontraron a la salida de Tlalpam, cargaron las dos ametralladoras que había en la Escuela para la Instrucción, llegando todos al Palacio Nacional poco antes de las cinco de la mañana.

Libres los dos jefes de la sublevación, en los momentos en que la columna se ponía en marcha, llegaron unos aspirantes a dar aviso de que el General Villar se había posesionado de nuevo del Palacio, sorprendiendo a la fuerza que había quedado allí ocupando el edificio. Se dispuso que el General Gregorio Ruiz, al frente del primer Regimiento de Caballería que mandaba el Coronel Anaya, se adelantara violentamente para evitar, si era posible, que el Palacio quedara definitivamente en favor del Gobierno.

Salieron el General Ruiz y el Coronel Anaya con la fuerza puesta a sus órdenes rumbo a Palacio; mientras, el General Reyes organizó el resto de la columna y ésta se puso en marcha. Al llegar a la calle de la Moneda se incorporaron a la columna otros aspirantes que habían podido salir de Palacio, al apoderarse del edificio el General Villar, y relataron confusamente lo sucedido.

El General Mondragón opinó que no debían seguir adelante, sino formar un plan de ataque. El General

(1)—No hay que confundir a este Capitán con el del mismo apellido que estaba de guardia en Tacubaya.

Reyes, que estaba sumamente nervioso, no quiso escuchar nada, juzgando que era perder el tiempo detenerse a discutir, pues con las fuerzas que llevaban no podían encontrar resistencia seria. Su hijo trató de convencerlo; pero él replicó: "si retrocedo en estos momentos **vanta** a llamarme cobarde como en Linares **LA SUERTE ESTA ECHADA**" y picando espuelas a su caballo arrojó el capote que llevaba puesto, y continuó la marcha, doblando por la esquina de la Moneda hacia Palacio. Al llegar al baluarte (2) el Corneta que estaba allí comenzó a tocar llamada de honor: El General Reyes al oír el toque, ya no tuvo la menor desconfianza, creyó seguro el éxito y avanzó seguido de don Martín Gutiérrez, del doctor Espinosa de los Monteros, del licenciado Emilio Pérez de León que a pie, y empuñando una carabina se le incorporó al doblar la esquina, del Capitán Cervantes y del ingeniero Enrique Fernández Castelló.

Los señores Félix Díaz y Mondragón se quedaron en la calle del Lic. Verdad (3) mandando el resto de la fuerza, que se consideró como la reserva. El General Reyes dió orden a los paisanos que venían en la columna, de que esperaran en la esquina de la Moneda hasta que él tomara posesión del Palacio; pero al ver que el Jefe entraba en la valla formada por las fuerzas de caballería, que mandaba el Coronel Anaya y las de infantería que estaban tendidas frente a Palacio, sin que se disparara un tiro y habiendo oído el clarín que hacía los

(2)—Con este nombre se conoce la parte saliente que tiene la fachada del Palacio en sus extremos Norte y Sur.

(3)—La calle del Lic. Verdad, antes Cerrada de la Moneda, es una calle corta que une las de Santa Teresa a la de la Moneda, desembocando frente al lugar que ocupa, en el Palacio, el Ministerio de la Guerra.

hombres al divisionario, fueron entrando poco a poco, reuniéndosele buena parte cuando llegaba a la puerta del centro.

La columna, a cuyo frente iba el General Reyes, llevaba a la vanguardia al escuadrón de la Escuela de Aspirantes, que atravesó todo el frente de Palacio, hasta llegar a la esquina Sur, sin que nadie lo molestara, como a cincuenta pasos iba el General Reyes, con las personas que he mencionado antes, y le seguían inmediatamente fuerzas de artillería al mando del Capitán José Tapia, con cuatro cañones; a éstos seguían los soldados de los Regimientos de Artillería Segundo y Quinto, que iban a pie, y que no llegaron a entrar en la línea de fuego, por haberlo estorbado los paisanos, que como he dicho, por seguir de cerca al General Reyes, se introdujeron en la valla desorganizando la marcha y echándose, sin pensarlo, sobre la fuerza del veinte batallón que estaba tendida frente al Palacio, al Norte de la puerta del centro.

Los soldados, ex-presos sacados de la prisión militar y los que habían abandonado la guardia de la misma, unidos a los del Regimiento de ametralladoras, cerraban la columna.

El General Reyes avanzó como si se tratara de una formación en día de fiesta, sin tomar precaución de ninguna especie. El clarín que tocó llamada de honor al verlo, le hizo perder la cabeza, y su avance no era una suerte que jugaba, no era un rasgo de audacia que pudiera darle el triunfo, como a César se lo dió cuando pasó el Rubicón, fué un movimiento impulsivo, un verdadero rasgo de locura, que lo llevó a la muerte. (4)

(4)—Los detalles para escribir este capítulo, los obtuve por conversaciones directas con el señor doctor Espinosa y otras personas que intervinieron personalmente en los acontecimientos.